El

Palacio de la verdad

EL PALACIO DE LA VERDAD.

EL PALACIO DE LA VERDAD.

DOLORA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Representada por primera vez en el Teatro Español el 13 de Abril de 1871.

MADRID.—1871.
IMPRENTA DE D. FRANCISCO LOPEZ VIZCAINO,
Calle de los Caños, número 4.

PERSONAJES.

ESTRELLA......	DOÑA SALVADORA CAIRON.
TERESA........	SRTA. MARTINEZ.
TIRSO DE LUNA...	D. JOSÉ VALERO.
GONZALO DE LUNA.	D. JUAN CASAÑER.

Epoca de la accion: siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

Salon corto. Entre los adornos habrá una panoplia y un pequeño retrato de mujer.—Dos puertas laterales, y una en el fondo hácia la parte izquierda del espectador, que dará á una galería con vista á un jardin. En el fondo, hácia la derecha, una mesa. El sillon de la mesa, incrustado en la pared, tendrá unos adornos salientes y se abrirá como un armario para bajar el asiento.

ESCENA PRIMERA.

Aparece TIRSO cerrando el asiento-armario que habrá detrás de la mesa.

TIRSO. Esta caja de Pandora
vuelvo otra vez á cerrar.
Es terrible sospechar
de una mujer que se adora.
Pondré á cubierto mi cuello,
pues vienen de mano armada.
Vamos á afilar la espada,
que el clarin toca á degüello.
Los tres se prestan ayuda
para saber por qué el hado
me tiene aquí revolcado
en el lecho de la duda.
¡Ay! En vano su destreza
en buscar se martiriza
esta cosa que eterniza
en mi frente la tristeza!
Me asedian: ¡ánimo, pues!

Se acercan. Ya están aquí.
Los tres vienen contra mí,
y yo voy contra los tres.

ESCENA II.

TIRSO.—ESTRELLA, TERESA, GONZALO.

GONZ. (*A Teresa*) Observa si al pasear
se fija en algun objeto.
TERES. Bien, bien.
TIRSO. (*Ap.*) Buscan mi secreto
y no lo podrán hallar.
TERES. (*A Tirso*) ¿Quieres los alrededores
mostrarme de esta mansion?
TIRSO. Sí; verás que este rincon
es todo un nido de flores.
TERES. Pero has de estar muy jovial.
TIRSO. ¡Alma de color de rosa!
tú crees que es, el ser dichosa,
la cosa más natural.
TERES. Claro.
ESTR. Pues claro que sí.
TIRSO. Pues tú lo quieres, me alegro.
Yo todo lo veo negro
cuando estoy lejos de tí.
TERES. Gracias.
TIRSO. ¿Qué podré negar,
aunque negarlo quisiera,
á mi esposa y á mi nuera
las gracias de nuestro hogar?
GONZ. (*A Teresa.*) Siga la conjuracion
y hazle caer en el lazo.
TERES. (*A Gonzalo*) Bien.
TIRSO. (*A Teresa*) Te llevaré del brazo
con pompa de adoracion.
TERES. Que has de estar muy espansivo.
TIRSO. Bueno.
TERES. Pues vamos andando.
TIRSO. (*Ap.*) La mujer es buena, cuando
no es un animal nocivo.
(*Vánse Tirso y Teresa por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

GONZALO, ESTRELLA.

ESTR. A toda espansion rehacio,
le falta á tu padre poco
para parecer un loco
escapado de un palacio.
GONZ. ¿Qué tendrá?
ESTR. No sé lo que es.
GONZ. Lo que es que, evidentemente,
tiene una idea en la frente
clavada hace más de un mes.
ESTR. Mártir de esa vena loca
que aflige á tu parentela,
ya siente el tédio que hiela
cuanto mira y cuanto toca.
GONZ. Por eso al mundo al venir
tierno y triste sin cesar
yo era amante antes de amar,
y triste antes de sufrir.
Una ingénita influencia
á todos quita el reposo.
ESTR. Pido á Dios que bondadoso
te preserve de esa herencia.
GONZ. ¡Señor! ¿Cuál será ese arcano
que le hace dudar así
de Dios, del mundo, de sí,
y del corazon humano?
ESTR. A ese misterio maldito
se junta su enfermedad;
y á todo una voluntad
que es más dura que el granito.
GONZ. Muestra cada vez más viva
con su mal de corazon
la nostálgica espresion
de una eterna espectativa.
Fiando una cosa horrenda
de uno al otro á la memoria,
mis abuelos de su historia
van haciendo una leyenda.
Todos por causas de honor

han muerto, ó se han suicidado,
por haberse apacentado
todos de un mismo dolor.
¿Habrá una eterna mancilla
que empañará nuestro honor?

ESTR. No, no; la version mejor
es la version que no humilla.

GONZ. Inquiriendo en qué se funda
este martirio tan largo,
como ves, cumplo un encargo
de mi madre moribunda.

ESTR. Pues no llegues á olvidar
la fé, el juicio y la razon,
que á tu noble corazon
supo tu madre inspirar.

GONZ. Al morir fió á mi celo
cosas que el sepulcro cierra.
Fué una mártir en la tierra
y es un ángel en el cielo.

ESTR. Si el que yo sepa esas cosas
con el deber se concilia...

GONZ. Son trajedias de familia
aunque sin sangre espantosas.
Mira allí el retrato hermoso
de esa madre idolatrada;
solo con verla pintada
recuerdo algo luminoso.
Al morir...

ESTR. Ya están aquí.

GONZ. Pues callaré. ¡Ay, madre mia!
se hundieron desde aquel dia
cielo y tierra para mí!

ESCENA IV.

ESTRELLA, GONZALO,—TERESA, TIRSO.

(Entra un criado á dejar una luz sobre la mesa.)

TIRSO. Que en el mundo hay bien y hay mal:
esto es lo que me decia
ese buen Prior que cria
dentro de un cráneo un rosal.

TERES. Tan cerca de un monasterio,
este florido rincon
se parece á un panteon
en medio de un cementerio.
TIRSO. Por lo mismo, no es estraño
que lo haya escogido yo:
una vez que envejeció
el diablo se hizo ermitaño.
ESTR. Pues yo por la córte abogo,
porque hablo aquí y siento frio:
tengo miedo si me rio;
voy á cantar y me ahogo.
GONZ. (*Ap. á Teresa*) ¿Ha mirado algo?
TERES. (*Ap. á Gonzalo*) No tal.
Solo mira á su interior.
Hablando con el Prior
fué cada frase un puñal.
TIRSO. Por eso lo amo, por eso;
como aquel raton uraño
que por meterse á ermitaño
se metió dentro de un queso.
TERES. Algo al pensamiento mio
de lo de Estrella le pasa:
no sé por qué en esta casa
tengo miedo y siento frio.
TIRSO. Volvereis á la ciudad...
(*Ap.*) (Si probais vuestra honradez.
Quiero ver aquí otra vez
del mundo la realidad).
ESTR. Bien.
TERES. Bien.
TIRSO. (*Ap.* (¡Qué horrible desmayo
embarga mi corazon
con esta vil presuncion
que me ha herido como un rayo!)
Os lo repito otra vez:
variareis de residencia.
ESTR. Bien dicen que es la indulgencia
la gracia de la vejez.
TIRSO. Nos iremos, pues te empeñas;
mas no sé por qué razon
me inspira el mundo aficion

á los huecos de las peñas.

GONZ. (*Ap. á T.*) Sepamos por qué el fastidio
inspira á la raza nuestra
esa invencible y siniestra
tentacion del suicidio.
Id.

TERES. Vamos.

GONZ. Llegad al fin
de un mal que la paz nos roba.

TERES. Entraremos en su alcoba
por la parte del jardin.

(*Vánse Teresa y Estrella por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

TIRSO. GONZALO.

TIRSO. (*Ap.*) (Vuelven á inquirir ahora
Estrella, con mi mujer,
cuál la causa puede ser
del humor que me devora).

GONZ. Ya creo que estás mejor.

TIRSO. Siento algo menos de hastío;
mas es lo cierto, hijo mio,
que todo me causa horror.
Tal vez de esta enfermedad
se apague la fiebre ardiente
conforme aspire el ambiente
frio de la soledad.
Y, ó Dios me hace una merced,
ó si no dentro de poco
estaré loco, tan loco
que escribiré en la pared.

GONZ. Saca, por Dios, tu razon
de ese tenebroso abismo.

TIRSO. Si soy yo para mí mismo
mi más horrible prision.
Tú solo fueras capaz
de dar quietud á mi sér,
si algo pudiese volver
á mi corazon la paz.

GONZ. Animo, que lentamente

te dará el campo reposo.

TIRSO. Ya nunca seré dichoso,
aunque me es indiferente.
Perdí un poco la razon
con esta gota coral.
Siento de César el mal;
tengo el mal de corazon.

GONZ. Me aflige tanta amargura.

TIRSO. Y, además, yo soy, dudando,
de los que van avanzando
con cautela en la ventura.

GONZ. Nunca en tí la flor querida
de la confianza crece.

TIRSO. Tal planta solo florece
una vez en nuestra vida.
Pero no hay de que te asombres,
si tu discrecion no olvida
que el objeto de mi vida
es conocer á los hombres.
De todo dudo, y advierte
que, los que vas á heredar,
solemos siempre vengar
nuestras dudas con la muerte.
Toda la raza de Luna
pasó en vision funeral
como una turba infernal
por encima de mi cuna.
Las dudas que me legaron
mis padres, me las figuro
como pies que allá en lo obscuro
siendo niño me pisaron.
Y á esas dudas heredadas,
que á enloquecerme conspiran,
se unen otras que me inspiran
nostálgias desesperadas.

GONZ. ¿No ves que esas son manias?

TIRSO. Pues vedlas con indulgencia,
ya que solo es mi existencia
la próroga de unos dias.
Siendo un bajío, esta herida
en que mi nave se atasca,
voy de borrasca en borrasca

cruzando el mar de la vida.
Ya no sabe mi dolor
lo que es bueno y lo que es malo.
Todo para mí, Gonzalo,
tiene de sangre el color.
Cuanto más un ser amable,
cual tú, me quiere alegrar,
más viene á desconsolar
á este ser inconsolable.
Como un fantasma encubierto
miro aqui cada sillon,
y en el más rico salon
parece que todo ha muerto.
En todo, mi vista uraña
vé de la muerte señales.
Las telas de los cristales
son como telas de araña.
La maldita alferecia
me turba cualquier deseo,
y hasta parece que veo
negro el sol al medio dia.

GONZ. ¡Qué horror!

TIRSO. Todo cuanto siente
es uno de esos odiosos
guijarros que, misteriosos,
tienen dentro una serpiente.
No á mi saber, cree á los años
del que, sin piedad alguna,
heredó desde la cuna
diez lustros de desengaños.
Maté haciéndola sufrir
tanto afan y pena tanta
á tu madre, aquella santa
que me perdonó al morir.
Con nada este afan mitigo.
De esa madre que está en gloria,
siempre será su memoria
mi vergüenza y mi castigo.
Siempre este eterno reproche
me tiene desconsolado:
¡Si vieras cuánto he llorado
en las sombras de la noche!

GONZ. ¡Qué funesta enfermedad!
TIRSO. Como esto es cosa acabada,
aquí no ha cambiado nada
menos mi felicidad.
Sí, vivid de gozo llenos,
séres que tanto idolatro,
que en la suerte de los cuatro
sólo hay una dicha menos.
Déjame hasta que sucumba,
Gonzalo, hijo de mi amor,
arrastrar este dolor
que ya mira hácia la tumba!
GONZ. ¡Ay de mí!
TIRSO. Mi mal completo
ya, en fin, tu cariño sabe.
(*Ap.*) (Escepto que es esta llave
la llave de mi secreto).

ESCENA VI.

TIRSO, GONZALO,—ESTRELLA, TERESA.

(*Entran Estrella y Teresa por la puerta de la derecha*).

GONZ. Ellas.
TIRSO. (*Ap.*) Con pena visible
vuelven mi esposa y mi nuera,
viajeras de una quimera,
y obreras de un imposible.
GONZ. (*A Teresa*) ¿Nada?
TERES. Inútiles pesquisas.
¿Y él?
GONZ. Cual siempre imperturbable.
ESTR. Es un hombre impenetrable
que subraya las sonrisas.
GONZ. Yo voy á ver en seguida
si sabe el padre Garcés
por qué vino á un sitio que es
una tumba de la vida.
(*A Teresa*) Tú que se acueste procura,
pues si pronto no sosiega,
antes de tres dias, llega

su ansiedad á la locura.
Pero obrad con mucho tino. (*Vase*).

TIRSO. (*Ap.*) (¡Gonzalo es angelical!
Sigue buscando el fatal
enigma de mi destino.)

ESCENA VII.

TIRSO, ESTRELLA, TERESA.

TIRSO. ¿Qué haceis?
TERES. Nada.
TIRSO. Eso es fingir.
ESTR. ¡Válgame Dios, cuán bueno eres!
Muchas veces las mujeres
suelen mentir sin mentir.
TERES. ¡Cuánto, Tirso, tu impaciencia
nos aflige el corazon!
TIRSO. (*Ap.*) (¿Si será esta la emocion
del temblor de la conciencia?)
Ya verás para ser raro
la razon que yo tenia,
cuando nos llegue ese dia
en que todo se vé claro.
TERES. Tú sufres.
TIRSO. Tú lo digiste:
y por lo mismo, respeta
que soy un poco poeta,
y que además estoy triste.
TERES. Y ¿nunca libre he de verte
de ese malestar profundo?
TIRSO. Todo tiene algo en el mundo
de la noche y de la muerte.
TERES. Dios dará á tu mal consuelo,
pues oirá mis oraciones.
TIRSO. Tú siempre haces reflexiones
de color de azul de cielo.
(*Ap.*) (Tras de Dios, desde la cuna
este sexo se abroquela:
rezar y fingir; escuela
de mujer sin mezcla alguna.)

ESTR. ¿Vamos á coger la almohada?
TIRSO. No será malo realmente
que incline un poco esta frente
por la angustia atormentada.
TERES. Vamos.
TIRSO. (*A Estrella*) Tú, porque me quejo,
me obligas á recoger.
ESTR. No.
TIRSO. Pues habeis de saber
que no siempre he sido viejo.
Y en vuestros castos efluvios
no siempre mi alma enervé,
pues muchas veces domé
tigres de cabellos rubios.
TERES. Nadie á ser galan te gana.
TIRSO. Ni á tí á ser pura y hermosa.
Te amo, mi segunda esposa,
como hija, mujer y hermana.
TERES. Es justa correspondencia
de mi amor.
TIRSO. Eso es verdad:
tú mi dios fatalidad
convertiste en Providencia!
(*Ap.*) (Tienen un mismo color
las buenas y las culpables.
Vaya, son impenetrables
la malicia y el candor.)
ESTR. Que es muy tarde.
TIRSO. Ten paciencia.
pues voy, aunque es vano empeño:
porque yo me ahuyento el sueño
dándome á mí mismo audiencia.
ESTR. El sueño es reparador.
TIRSO. Aunque me vaya á acostar,
yo siempre me he de quedar
frente á frente á mi dolor;
pues siempre me hacen la guerra
despues de las oraciones,
todas las apariciones
de cuanto sueña en la tierra.
(*A Teresa*) Adios. (*A Estr.*) Sé buena.
ESTR. Es de un loco

esa leccion de moral.
Yo sé bien que en obrar mal
se gana siempre muy poco.

TIRSO. ¿Sí?

ESTR. Si yo fuese culpable
lo confesaria todo.

TIRSO. (*Ap.*) (Esta confiesa de un modo
que oculta algo inconfesable.)

ESTR. Pues desde mi tierna edad
he aprendido bien que Dios
divide el tiempo entre dos,
su justicia y su piedad.

TIRSO. Ya. (*Ap.*) (Saca la consecuencia
de su aire, mi estupidez,
que el de aquella es de honradez.
y el de esta es de soñolencia.)
Me voy, pues teneis empeño;
aunque el cerebro me abrasan
las fatigas que se pasan
en una cama y sin sueño.
(*Ap.*) (¿Cuál seria la estrañeza
de mi hija y mi mujer
si ellas pudiesen leer
lo que llevo en la cabeza?)

TERES. Que duermas bien.

TIRSO. ¿Qué me dices?
Ya hace una gran temporada
que no me visita el hada
de los ensueños felices.
Voy, pues, ahí dentro metido,
á pensar con embeleso
en que quisiera ser Creso
para comprar el olvido.
¡Buenas noches!

TERES. Dios no quiera
que la convulsion te dé.

TIRSO. (*Ap.*) (¿A cuál de estas mataré?
(*Abrazando á Ter.*) ¿Será á mi esposa?
(*Abrazando despues á Estr.*) ¿O á mi nuera?)

(*Vase Tirso por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA, TERESA.

ESTR. Su sonrisa es tan forzada
que me angustia el corazon.
TERES. Si; rie con la espresion
de una rabia concentrada.
ESTR. ¡Qué acritud!
TERES. Esa ironía
que el talento suele usar,
me hace mil veces echar
de menos la tonteria.
ESTR. ¡Qué completo visionario!
TERES. En su pensamiento noto
un poco del hilo roto
de las cuentas de un rosario.
ESTR. De nuestros pechos sencillos
algo, y no bueno, sospecha.
TERES. Ya, como el diablo, nos echa
unos ojos amarillos...
ESTR. ¡Qué raros son!
TERES. Las pisadas
de él Gonzalo sigue ya.
¿Si mártir tambien será
de unas penas ignoradas?
ESTR. ¿Quién lo sabe? ¡En Dios confio!
TERES. Yo aun volveré.
ESTR. Volveremos.
TERES. Cuidemos, hija, cuidemos
tú á tu marido y yo al mio. (*Vánse*)

ESCENA IX.

TIRSO, solo.

(*Al retirarse Teresa por la puerta lateral izquierda, y Estrella por la del fondo, sale Tirso del cuarto de la derecha espiándolas. Apaga la luz, y solo quedará la estancia alumbrada por la luz de la luna, que entrará por la puerta del fondo.*)

TIRSO. Se van. Ellas y yo así,
sombras sin cuerpo girando,
siempre nos vamos rondando
yo á ellas, y ellas á mí.

Que siga rondando quiero
la que es á su fé perjura,
mientras con su red procura
cazar al topo el topero.
(*Saca una llave y abre la especie de armario con asiento que habrá detrás de la mesa.*)
Abramos. ¡Triste destino
el de inquirir é inquirir,
para llegarse á aburrir
de lo humano y lo divino!
Ya está abierto. ¡Cómo abrasa
la duda mi corazon!
¡Dios echó con la invencion
la maldicion á esta casa!
¡Oh abismo, me espanta el verte!
¡Animo, corazon mio!
Ya siento, con todo el frio,
todo el sudor de la muerte!
¡Salve, artificio fatal,
que los espíritus prensa,
eco sordo de la inmensa
perversion universal!
¡Es el vil maquiavelismo
de estos tubos invisibles,
el eco de las terribles
resonancias del abismo!
¡Sentado aquí horas enteras,
voy con profunda inquietud
relegando la virtud
al rango de las quimeras!
¡Renueva, vil delator,
un momento mis heridas;
un momento que es mil vidas,
y mil vidas de dolor! (*Escuchando.*)
Nadie habla. En vano interrogo.
¡Me asesina esta tardanza!...
¡Qué horrible desconfianza!
¡Aire! ¡Aire! que me ahogo!...
(*Se inclina sobre la mesa ocultando la cabeza entre las manos.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

TIRSO.

(*Aparece Tirso en la misma situacion del fin del acto primero. Dá un reló las doce, y Tirso se va incorporando poco á poco.*)

TIRSO. (*Contando las campanadas del reló.*)
Cinco... nueve... La igualdad
de esa inflexible cadencia
va dejando en mi conciencia
algo de la eternidad.

ESCENA II.

TIRSO.—TERESA.

(*Sale Teresa de la izquierda y se acerca con misterio á escuchar á la puerta del cuarto de la derecha.*)

TIRSO. De la luna á los fulgores
¿qué inquirirá mi mujer?
¡Oh! ¿por qué siempre han de ser
tan cobardes los traidores?
¡Taimada! Te has engañado:
es difícil que se pueda
hacer traicion al que hereda
el saber de un gran pasado.
¿Qué hará? El fin de lo que veo
aguardo en este rincon,
lo mismo que en su prision
aguarda al verdugo el reo.

TERES. (*Escuchando*) Sigue bien. No se oye nada.
¡Ay! más valiera morir
que de su epilépsia oir
la terrible carcajada.

(*Teresa se vuelve á marchar por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

TIRSO.

TIRSO. Se aleja. No cree que velo.
Y, aunque durmiera ¡imprudente!
Dios no duerme, es aparente
el sueño del alto cielo.

ESCENA IV.

TIRSO.—ESTRELLA.

(*Entra Estrella por la puerta del fondo á escuchar lo mismo que Teresa.*)

TIRSO. ¡Estrella, tras de mi esposa!...
Esto al menos me hace ver
que Teresa aun puede ser
tan honrada como hermosa.

ESTR. (*Escuchando.*) Duerme tranquilo. Su mal,
como yo siempre creia,
es, más bien que alferecía,
una enfermedad moral.

(*Estrella se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

TIRSO.

TIRSO. Avanza en secreto, avanza,
mientras, cargado de afanes,
revuelvo yo aquí los planes
más atroces de venganza.
¿Cuál nos estará engañando?
¿Será solo su intencion
el inquirir la razon
del mal que me está matando?
Pronto esta oreja escondida

me contará la verdad.
Hace esta curiosidad
el infierno de mi vida. (*Escuchando.*)
Sí; ya el momento ha llegado
de saber de este espion,
que la tierra es un monton
de fango petrificado.
Ya siento ruido. Ahí están.
Sangre de mi pecho mana
al ver que es la voz humana
el soplo del huracan.
Son, más que voces, resuellos
lo que empiezo á comprender...
¡De impaciencia siento arder
la raíz de mis cabellos!
¿Cuál será? ¿Si será Estrella?...
Si es Teresa... ¡Oh, duda atroz!...
no, no, que oigo aquí una voz
que aboga siempre por ella!
Si es ella... ¡fatalidad!
seré, matando á mi esposa,
la madre que, cariñosa,
mata á un hijo por piedad.
Nombran cartas... ¡Maldicion!
una es infiel: esto es hecho.
¡Hasta rompérseme el pecho
me palpita el corazon!
Vuelven de cartas á hablar...
Matarlos con tiempo quiero,
pues si de pena me muero
no los podré asesinar.
Si es Teresa... ¡Oh! ¡Cuántas penas
la desconfianza anida,
cuando se pasa la vida
husmeando faltas agenas!
Vamos, vamos á matar,
que, en estos casos de honor,
al odio desde el amor
no hay más que un paso que dar.

(*Saca un puñal.*)

ESCENA VI.

TIRSO.—GONZALO.

(*Al salir Tirso, aparece Gonzalo que le intercepta el paso.*)

TIRSO. Quita.
GONZ. ¿A dónde vas, señor?
TIRSO. Voy, del honor arrastrado,
á que, antes que el engañado,
muera el que es engañador.
¡Apártate!
GONZ. ¡Qué martirio!
TIRSO. A vengar nuestras injurias
voy llevado por tres furias,
la fiebre, la ira, el delirio!
GONZ. Pero...
TIRSO. Y porque ir no me impidas,
heredero de mis duelos,
oye por qué tus abuelos
fueron locos ó suicidas.
GONZ. Ese lenguaje me aterra.
TIRSO. Es esa silla espantosa
la cadena más odiosa
que ha arrastrado hombre en la tierra.
Oye bien; y por fin sabe
el secreto estraordinario
de esa silla medio armario
que se abre y cierra con llave.
GONZ. ¿Es ese el arcano?...
TIRSO. Sí:
cada pared tiene un hueco,
y cada salon un eco,
cuyo eco retumba ahí.
Una tradicion confusa,
que un abuelo nuestro oyó,
cuenta que esto lo inventó
Dionisio de Siracusa.
Fué una maldicion eterna
que ese abuelo nuestro ha escrito
en este salon maldito
que es de un tigre la caverna.

Él hizo esta casa el centro
de un espionaje vil,
por la manía febril
de ver el mundo por dentro.

GONZ. ¡Triste invencion que no envidio!

TIRSO. De esta guarida de horror,
la entrada es el deshonor,
la salida el suicidio.

GONZ. ¡Qué espanto!

TIRSO. El menor aliento
llega de la casa toda
á esa especie de pagoda
dedicada á un dios sangriento.
Aquí por curiosidad
á sus deudos convidaba,
y escuchando ahí, sacaba
de entre nieblas la verdad.

GONZ. Así desde el tal abuelo
va de nuestra casa en pos,
no la cólera de Dios,
sino el desprecio del cielo.

TIRSO. Llega y oye, y no te asombre
si conoces por la voz
que es un animal feroz
en todas partes el hombre.
Verás honras mal ganadas,
y virtudes mal perdidas,
inocencias oprimidas,
y amistades renegadas.
Acércate, y podrás ver
afecciones sin pasion,
puntos de honor sin razon
y crímenes sin placer.
Verás, al ver de las gentes
las virtudes sin pasiones,
salir de los corazones
el egoismo á torrentes.
Y, de sí mismo á pesar,
cómo siente el corazon
la infinita aspiracion
de amar, vivir y esperar.
Las salas abovedadas

te dirán que el mundo entero,
es un inmenso hervidero
de entrañas despedazadas.
Pues son los pechos humanos,
en cuerpos llenos de afanes,
aberturas de volcanes
que surgen de entre pantanos.

GONZ. ¡Hielas la sangre en mis venas!

TIRSO. Esa maldecida traza,
ha costado á nuestra raza
más de cien años de penas.
Hoy mismo, nuestro amor tierno
verás, por esta invencion,
que lo vende la traicion,
esa iglesia del infierno.

GONZ. ¡Horror! mi alma se subleva
ante esa creencia horrible
de que es un sueño imposible
la virtud á toda prueba.

TIRSO. Pues aquí, una de las dos
falta, y va á ser espiada;
¡será una causa formada
en los secretos de Dios!

GONZ. ¡No!

TIRSO. ¡Si! Con esta noticia,
querrás oir, y oirás;
y cuando oigas, te verás
obligado á hacer justicia.

GONZ. ¿Dudar de...? ¡Perdon, señor,
si no quiero obedecerte;
no tengo miedo á la muerte,
pero lo tengo al dolor!

TIRSO. Es inútil tu tibieza,
porque á ese abismo fatal,
para ir á auscultar el mal
te arrojarás de cabeza.
Cual yo, sabiendo ese arcano,
pasarás la vida oyendo,
y esprimiendo, y esprimiendo,
hiel de corazon humano.

GONZ. Y ¿qué halla el que alzar intenta
del mundo el velo social?

TIRSO. La presencia universal
de una universal afrenta.
¿Será Estrella fementida? (*Con misterio.*)

GONZ. ¡Qué idea tan espantosa!
¡Ella, que es la única cosa
en que tengo fé en la vida!

TIRSO. ¿Podrá Teresa faltar?

GONZ. ¿Esa adorable mujer?...

TIRSO. ¿Será algun maldito ser
que yo he puesto en un altar?

GONZ. ¡Virtud tan acreditada!...

TIRSO. ¡Ay, Gonzalo, es la esperiencia
una Casandra sin ciencia
que nunca ha ilustrado nada.
Así, es forzoso saber...

GONZ. ¡Es un medio abominable!

TIRSO. Aquí vive una culpable.

GONZ. ¿Cuál de las dos podrá ser?

TIRSO. A tu fé ya sobrepuja
la duda al fin.

GONZ. Y es así,
pues de un demonio hácia allí
la obscura mano me empuja.

TIRSO. ¿Ves? antes de oir ya sientes
la duda vertiginosa:
ya no es tu pecho otra cosa
mas que un nido de serpientes.

GONZ. Pues bien, quiero por mí mismo
llegar á auscultar mi mal:
ese artificio infernal
me atrae como el abismo.
¡Qué invencion tan maldecida!

TIRSO. Entra y oye.

GONZ. En su interior
casi se siente el hedor
de una tumba removida.
¡Tiemblo de espanto y de frio!

TIRSO. Yo, ya me siento tan malo!...
¿Qué será de mí, Gonzalo?
¿Qué será de tí, hijo mio?

GONZ. (*Escuchando*)
No hallo el nudo de este drama,

pues distingo mal la voz.

TIRSO. ¡Qué tormento es tan atroz
el sospechar de quien se ama!

GONZ. En vez de oir, mis sentidos,
con esta infame tarea,
los invade una marea
que me zumba en los oidos.

TIRSO. Me desmayo... acaba luego.

GONZ. Por oir no aliento apenas.

TIRSO. Ya ignoro si por mis venas
corre sangre ó corre fuego.

GONZ. ¡No es ella!... ¡Es ella!... ¡No!... ¡Sí!...
¿Cuál génio traerme pudo
á este delirio en que dudo
de todo el mundo y de mí?

TIRSO. ¡Qué opresion siento en el pecho!

GONZ. ¿Esa es Estrella?... No es esa...

TIRSO. Pues ¿crees que será Teresa,
la bendicion de mi techo?

GONZ. Lo ignoro; que mis oidos
los perciben ¡maldicion!
más oscuros, cuanto son
más intensos los sonidos.

TIRSO. Sigue.

GONZ. Frases de amor llenas...

TIRSO. ¿Las dice ella?...

GONZ. Las dice él.

TIRSO. ¡Hasta romperse la piel
se están hinchando mis venas!

GONZ. Oigo de cartas hablar...

TIRSO. ¿De cartas? Los mataré,
porque despues estaré
inútil para matar.
(*Volviendo á sacar el puñal.*)
¡Honor mio, á tu salud!

GONZ. (*Siguiéndole*) ¿A dónde vas?

TIRSO. Los de Luna
heredan desde la cuna
el valor y la virtud.

GONZ. Mira que el rencor te priva.

TIRSO. Soy el infierno, y por Dios
que hoy alguna de las dos

va á ser abrasada viva.
¿Estrella?... ¿Teresa?... ¡A mí!...

GONZ. ¡Qué vértigo tan furioso!

TIRSO. Siento el acceso nervioso...
¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! Ven aquí.

(*Supone en su delirio que tiene agarrada alguna persona.*)

¡No te me escapes, falsaria,
dame cuenta de mi honor!

GONZ. ¡Cuánto me angustia el horror
de su risa involuntaria!

TIRSO. Ya ves que un marido anciano
es difícil de engañar:
y que se suele vengar
el diablo tarde ó temprano.
¡Deshonrarme bajamente,
cuando sabias ¡perjura!
que no ardió llama más pura
en corazon más ardiente!
¡A mí, que en mi loco encanto
tanto, tanto te queria,
que aun hoy te perdonaria
si no te quisiera tanto!
Mas... ¡Já! ¡já! ¡já!... si no es ella.
Vuelve ese rostro hácia aquí.
¿Eras tú?... ¡loco de mí!
¡Si no es Teresa, es Estrella!
Conque ¿engañarnos querias?
Ven aquí, falsa mujer;
¡ya ves que suele el placer
tener tambien malos dias!
¿Me invitas á ser clemente?
No ruegues más; basta, basta:
la mujer debe ser casta,
el hombre ha de ser valiente.
¿Crees que te he de perdonar
porque rio?...

GONZ. ¡Oh, qué sufrir!

TIRSO. ¡No, no; si es que este reir
es mi modo de llorar!
¡Silencio! He dicho que basta.
Ya que has delinquido, muere,

no con la espada que hiere,
sino con el pie que aplasta.
¡Já! ¡já! ¡já! Vuelve á llorar...

GONZ. ¡Maldita risa estridente!

TIRSO. Me rio espantosamente
porque te voy á matar.
¡Baldon de la estirpe mia,
antes que me vuelvas loco
deja que esté poco á poco
saboreando tu agonía!
¿Perdon? ¡Já! ¡já! No lo creas:
vas á acabar de sufrir.
¡Muere!... y despues de morir,
¡infame, maldita seas!

(*Tirso cae desmayado en los brazos de Gonzalo.*)

GONZ. (*Colocando á su padre sobre un asiento.*)
¡Pobre padre! Mi deber
ahora es vengar... ¡Santo Dios!
y ¿cuál será de las dos?
¿Si es ella?... ¡No puede ser!
¡Alienta, corazon mio!
Vamos. Aquí está el puñal. (*Recogiéndolo*)
¡Vértigo estraño y fatal!
¡Ardo á un tiempo y tengo frio!
Voy mi deber á cumplir.
¿Y si hallo á Estrella?... Mejor...
¡Ah! ¡qué eterno es el amor.
pues nunca quiere morir!
¡Cuán difícil es romper,
aun en la ocasion más dura.
los lazos de la ternura
que nos atan sin querer!
¡Estrella!... No sé qué aboga
por ella en mi corazon...
¡Ay! esta sofocacion
¡me ahoga!... ¡me ahoga!... ¡me ahoga!...
¿Quién creerá que el alma mia
tan enamorada siento,
que es mi amor en mi tormento
más grande que en mi alegría?
¿Qué haré?... ¿Si llegase á ver
mi padre al volver en sí,

que yo vacilaba así
entre el amor y el deber?...
Vamos luego, vamos luego...
¡Veo tan turbio!... ¡Valor!...
Creo que más que el rencor
el amor me pone ciego.

ESCENA VII.

TIRSO, GONZALO.—ESTRELLA (con una luz.)

GONZ. ¿Quién es?
ESTR. Yo.
GONZ. ¡No veo bien!
¿Quién es? ¿Quién es?
ESTR. ¡Soy Estrella!
GONZ. (*Dejando caer el puñal y arrodillándose.*)
¡Gracias, Dios mio, no era ella!
ESTR. (*Dejando caer la luz.*)
¡Dios mio! ¡Es loco tambien!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

ESTRELLA, GONZALO.

ESTR. Desde que lo sé, esa silla
me produce el mismo afan
que esos ídolos que dan
por las noches pesadilla.
No hallo á esa invencion escusa.
GONZ. Fué capricho de un abuelo
del cual ha sido el modelo
Dionisio de Siracusa.
ESTR. Esa invencion malhadada
es muy propia de un tirano
que siempre tuvo la mano
sobre el pomo de la espada.
Juzga lo que es la invencion
cuando hasta de mí has dudado.
GONZ. Sí; ya el secreto ha infiltrado
la duda en mi corazon.
ESTR. El verte de mí celoso
llena mi pecho de luto.
GONZ. El amor es absoluto
ó desespera ó es dichoso.
ESTR. Sin confianza, comienza
mi ventura á no ser tanta.
¡Tener celos! Eso espanta:
más aun, eso avergüenza.

GONZ. Vuelvo á ver si al prisionero
algo le puede faltar,
pues nunca debe bajar
á villano un caballero.
ESTR. ¿Te bates con él?
GONZ. Me bato.
ESTR. Suéltale.
GONZ. No puede ser.
ESTR. ¡Por Dios!
GONZ. Al anochecer
le saco al campo y le mato.
Cuando fuí, tuve la suerte
de hallarle allí, y le encerré
despues que con él dejé
arreglado un duelo á muerte.
En último resultado,
cuando hay faltas que vengar,
tan solo debe contar
con la muerte el hombre honrado.
De nuestra madrastra, Estrella,
cuida cual si fuese madre,
que, en volviendo en sí mi padre,
la mata si cree que es ella.
(*Vase Gonzalo por el fondo.*)

ESCENA II.

ESTRELLA,—TERESA.

ESTR. ¿Teresa?
(*Estrella se acerca á la puerta de la izquierda y saca á Teresa por la mano.*)
Huye, por favor,
que es público tu delito.
TERES. Lo sé.
ESTR. Este salon maldito
ha sido tu delator,
¿Quién es ese hombre?
TERES. Un villano.
ESTR. ¿Un villano?... No comprendo.
TERES. Te lo aseguro, poniendo
sobre el corozon la mano.

Ya le odio de tal manera
que lo quisiera matar
si lo pudiera enterrar
sin que ninguno lo viera.

ESTR. ¿Cómo un hombre que no se ama
te impone una esclavitud?

TERES. Porque espongo mi virtud
para no perder mi fama.

ESTR. No entiendo.

TERES. Estrella querida,
me hizo un antiguo desliz,
más que perversa, infeliz
en la aurora de mi vida.

Me amó, y dejó el miserable;
y ahora por vanidad
me hace sufrir la ansiedad
de una vida insoportable.

Cuando, falto de nobleza,
unida á este hombre me vió,
poco á poco me arrastró
desde el miedo á la bajeza.

De unas cartas mias dueño,
me tiene á su carro uncida;
y el infame, de mi vida
hace una noche sin sueño.

Despues que me vió casada
me envolvió en la agitacion
que arrastra á su perdicion
á un alma ya condenada.

ESTR. Tú lo estás autorizando.

TERES. No es porque amo, es porque temo;
lo juro ante ese Supremo
Juez que nos está mirando.

ESTR. ¡Qué complicacion tan rara!

TERES. ¡Ay! en llegando á faltar,
ó hay que engañar, ó luchar
con el mundo cara á cara.
Por más que le huyo, el malvado
me hace con mis cartas miedo:
quiero ser buena y no puedo,
porque me abruma el pasado.

ESTR. Pues cree á quien por tí se afana;

niega el hecho á tu marido.
Como á madre te lo pido,
te lo ruego como hermana.

TERES. Pero...

ESTR. Tú niega impasible.

TERES. Mi ruina es inevitable.

ESTR. Si el daño es irreparable,
no es el perdon imposible.

TERES. Será mayor mi suplicio
si de él obtengo el perdon.

ESTR. Buscarás la expiacion
por medio del sacrificio.

TERES. Ahí está.

ESTR. Resolucion!
Cree á una hija cariñosa
que, por mirarte dichosa,
daria su corazon.

ESCENA III.

ESTRELLA, TERESA.—TIRSO (que sale por la derecha).

TIRSO. (*Ap.*) (Ella es).

ESTR. (*Retirándose hácia el fondo*)
(*Ap.*) (¡Pobre amiga mia!)

TIRSO. Tú ¿ya sabrás que el infierno
no es más que el castigo eterno
del desliz de un solo dia?...
¿Quién en casa á un hombre entró?...
Aquí solo hay dos mujeres....
Contéstame al punto, ó mueres....
¿Eras tú?... ¿Quién era?...

ESTR. (*Desde el fondo*) ¡Yo!

TIRSO. ¿Quién, dices?

ESTR. ¡Yo!

TIRSO. ¡Qué maldad!
Voy á atravesarte el pecho.

ESTR. ¿A mí?

TIRSO. A tí.

ESTR. ¿Con qué derecho?

TIRSO. ¿Con qué derecho?... (*Ap.*) (Es verdad).

Mas, si tu esposo te oyó,
si estás convicta y confesa.

ESTR. Él piensa que fué Teresa:
y vos sabeis que soy yo.

TIRSO. Con quien nuestra casa infama
¿qué haré yo entonces?

ESTR. Callar.
¿Qué menos puede esperar
de un caballero una dama?

TIRSO. Pero...

ESTR. Algun dia lo de hoy
sabrá Gonzalo.

TIRSO. ¿Y despues?

ESTR. Despues... él será lo que es;
y yo seré lo que soy.

TIRSO. ¿Callar? ¡Oh! la ira me abrasa.
¿Con que tú impedirme intentas
que yo tambien pida cuentas
del honor de nuestra casa?

ESTR. (*Ap.*) Hago un bien grande, y en suma,
nada su rencor me importa.

TERES. (*Ap.*) ¡Con cuánto valor soporta
el desprecio que la abruma!

TIRSO. Pero ¿y la sombra ultrajada
de aquellos antepasados
que marchaban siempre armados
con la cruz y con la espada?

ESTR. No creo que la nobleza
de sus timbres menoscaben
los secretos que se saben
por medio de una bajeza.

TIRSO. ¡Cómo!...

ESTR. En el cáos social
sabe, el que más desentraña,
que no hay prados sin cizaña,
que el que escucha oye su mal.

TIRSO. ¡Qué mujer abominable!
(*A Teresa*) Vámonos de aquí los dos,
porque algunas veces Dios
hace grande lo execrable.

ESCENA IV.

ESTRELLA, TERESA, TIRSO.—GONZALO,

TERES. ¡Piedad, Tirso, por favor!
TIRSO. No te apiades.
ESTR. (*A Tirso*) ¡Mi marido!
Caballero, no hagais ruido,
que son secretos de honor.
GONZ. (*A Estrella*) Como se quiera escapar
sin remision lo apuñalo.
ESTR. (*A Gonzalo*) Cíñete, por Dios, Gonzalo,
á oir, á ver y á callar.
GONZ. (*A Estrella*) Tengo bien preso al villano,
no hará nada de ella en mengua:
como hable, pierde la lengua;
y, como escriba, la mano.

(*Durante esta escena, cuando Gonzalo quiera dirigir la palabra á Estrella, esta le hará algunas señas imponiéndole silencio.*)

TIRSO. (*Ap.*) ¡Mi pobre hijo!
GONZ. (*Ap.*) ¡El pobre padre
que tan hidalgo nació!
TIRSO. (*Ap.*) ¡Él, que de Dios recibió
tantos dones de su madre!
(*A Teresa*) ¡Qué mujer! Es como un hielo.
¡Tú, tú sí que eres un ser
que podria ennoblecer
á los ángeles del cielo!
TERES. (*Ap.*) ¡Oh! ¡qué pesada es la cruz
de estas lisonjas crueles!
TIRSO. Brotan de tus ojos fieles
dos surtidores de luz.
TERES. (*Ap.*) ¡Tanta ternura me aterra!
TIRSO. (*Ap.*) Vamos, parece increible.
GONZ. (*Ap.*) ¡Es un poema terrible
cada familia en la tierra!
TIRSO. (*Ap.*) ¡Qué cosa tan execrable,
hacer, por un acto odioso,
del marido más dichoso,
el hombre más miserable!

GONZ. (*A Estrella*) ¿Cómo mi padre su duelo
lleva en calma?

ESTR. Ten paciencia,
y fíate en mi conciencia
que es tan pura como el cielo.

GONZ. Su tranquilidad me espanta.

TERES. (*Ap. mirando á Estrella*).
En su estudiada bajeza
brilla en ella la nobleza
de una reina, y reina santa.

GONZ. (*Ap.*) ¿Será su calma fingida?

TIRSO. (*Ap.*) (No quiere el hado cruel
que mi estirpe haga un papel
siempre heróico en la vida.)
Gonzalo, dame un abrazo:
me ausento de tí.

GONZ. ¿Te ausentas?

TIRSO. (*Bajo á Estrella.*)
¡Para ajustar nuestras cuentas
delante de Dios te aplazo!

TERES. (*Bajo á Estrella.*)
¡No hay sér que en virtud te venza:
te admiraré eternamente!

TIRSO. (*Separando violentamente á Teresa de Estrella.*)
Despréciala. Alza la frente.

TERES. (*Ap.*) ¡Desfallezco de vergüenza!

TIRSO. Quiero que á esa maldecida
mire al partir, con horror,
la que reanimó mi amor
en la tarde de mi vida.

(*Se van por la puerta del fondo Tirso y Teresa*).

ESCENA V.

ESTRELLA, GONZALO.

GONZ. ¿Cómo es que?...

ESTR. Hablemos los dos;
¿me vas á ser franco?

GONZ. Sí.

ESTR. ¿Tienes confianza en mí?

GONZ. Tengo la misma que en Dios.
ESTR. Pues óyeme, y no te alteres.
Yo de un mal fin la sustraje.
GONZ. ¿Cómo?
ESTR. Aceptando su ultraje.
¿Obré bien?
GONZ. Como quien eres.
ESTR. ¿Qué importa, pues, la apariencia
que la libra de un castigo,
si yo me hallo bien contigo,
con Dios y con mi conciencia?
GONZ. Has hecho bien, pues tú sola
puedes Estrella quizás
llevar, honrándote más,
de un oprobio la aureola.
ESTR. Esa máquina infernal
va á ser por mí destruida.
GONZ. Sí. ¡Qué horrible es la vida
en su desnudez moral!
ESTR. Desdeña esa ocupacion
de ahondar como un miserable,
en ese abismo insondable
que se llama el corazon.
Eso que las almas prensa,
¿cuenta con exactitud
que hay, entre hechos sin virtud,
virtudes sin recompensa?
¿Os dice que las pasiones
son siempre al cabo rendidas:
que hay voluntades vencidas
que aplastan los corazones?
¡Cuántas acciones honrosas
se calumnian! Y además,
¡cuántas veces pierden más
las palabras que las cosas!
¡No hay medio de que comprenda
este corazon honrado
que el mundo es solo un mercado
y el honor una leyenda!
¿Nunca vió tu perspicacia
que en la humana sociedad
es, más veces que maldad,

el crímen una desgracia?
¿que es sin el mútuo respeto
la vida una saturnal;
que hasta el mismo órden social
si existe, es por el secreto?
¿Qué estraño es que, con las penas
de las pobres criaturas,
hasta las fuentes más puras
arrastren cieno y arenas?!...

ESCENA VI.

ESTRELLA, GONZALO.—TIRSO.

TIRSO. *(Desde el fondo como si hablase con un criado).*
Dí á esos señores, Joaquin,
que estoy de esperarlos harto:
que entren con eso en mi cuarto
por la puerta del jardin.
Menos una, dispondrás
que todas las puertas cierren.
Despues que á ese muerto entierren,
yo dispondré lo demás.
(A Gonzalo dándole un paquete de cartas.)
Las cartas famosas ten.
GONZ. ¡Cómo! ¿Al fin?...
TIRSO. Fué un fin fatal!
Menos el fin, en el mal
todo suele salir bien.
Viendo bajar al traidor
por un balcon, le maté.
(Movimiento de sorpresa de Estrella y Gonzalo.)
Yo siempre derecho iré
á cualquier lance de honor.
ESTR. Mas...
TIRSO. *(A Estrella)* Tú, al morir, no es preciso
que te esfuerces en llamar,
pues Dios te abrirá al llegar
las puertas del Paraiso.
ESTR. ¿Y Teresa?
TIRSO. ¡Ah! si; allá está.
Yo, tras de un seguro asilo,

voy á despedir tranquilo
la vida que se me va.

GONZ. ¿Dónde vas?

TIRSO. Lo sabrás luego.
¿No adivinas?...

GONZ. No adivino...

TIRSO. ¡Sigue escribiendo el destino
nuestra historia á sangre y fuego!
Hoy, pues pronto he de morir,
de la muerte haré un ensayo....
¡Hay desgracias como el rayo,
que alumbran al destruir!

GONZ. A esa vida, que bendigo,
¿no atentarás?

TIRSO. Por supuesto.
Yo amo al Dios que nos ha impuesto
el vivir como un castigo.
Espérame aquí.

GONZ. Aquí espero.

TIRSO. Lo que voy á hacer, se hará.
Esto quiero; esto será:
porque, entendedme, esto quiero.
(Váse Tirso por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ESTRELLA, GONZALO.

GONZ. ¿Qué hará?

ESTR. ¿Ves lo que se alcanza
con saber y más saber?
Que no se halla más placer
que el placer de la venganza.
¿Posible es que andando en pos
de toda moral dolencia,
pueda ser nuestra existencia
un don precioso de Dios?
¿Qué piensas?

GONZ. Pienso, aunque tarde,
que tienes mucha razon;
que en nuestra alma es la pasion
humo de la antorcha que arde.

ESTR. ¿Deben hombres bien nacidos,
usar los medios que emplean
gentes que contrabandean
pensamientos prohibidos?
¿Cómo se ha de conservar
en este mundo esperanza,
perdiendo la confianza
base del paterno hogar?
GONZ. ¿Pero cuál es tu deseo?...
ESTR. ¿Dónde encuentro un hacha?... Allí.
(*Cogiendo la maza ó el hacha de la panoplia.*)
¿Crees en mí? Di. ¿Crees en mí?
Mírame á los ojos.
GONZ. Creo.
ESTR. Pues, sin remision ni escusa
voy á ~~cortar~~ por mi mano
la ~~oreja~~ del rey tirano
Dionisio de Siracusa.

romper
invencion

GONZ. Me alegro, Estrella, que así
apartes la tentacion
de que en alguna ocasion
vuelva yo á dudar de tí.
ESTR. (*Rompiendo á golpes el dosel de la silla.*)
¡Con qué placer hago astillas
este invento de un tirano!
GONZ. (*Besando la mano de Estrella.*)
Deja que en tanto tu mano
besando esté de rodillas.

ESCENA VIII.

ESTRELLA, GONZALO.—TIRSO.

(*Sale Tirso acompañado de dos frailes. Detrás un paje con un hábito de monje colocado en una bandeja. Por último algunos criados con hachas encendidas.*)

GONZ. ¿Qué ves?
ESTR. No lo sé.
TIRSO (*señalando á la bandeja*) Un presente
que, como prueba de amor,
mandó á mi ruego el Prior
del monasterio de enfrente.

Gonz. ¿Qué misterio?...
Tirso. No hay misterio.
Cual otros á un precipicio,
voy yo á arrojarme con juicio
al fondo de un monasterio.
Gonz. Mas ¿qué causa razonable?...
Tirso. ¡Necesidades del alma!
¡Tras la tempestad, la calma;
tras lo móvil, lo inmutable!
Gonz. Aun es posible...
Tirso. ¡Imposible!
¿No veis que es mi vida entera
nave perdida en ribera
al socorro inaccesible?
Gonz. Yo os ruego...
Titso. ¡Qué pesadez!
A mi alma de angustia llena
dejadle llorar la pena
de su eterna viudez.
Estr. ¡Padre mio!...
Tirso. ¡Hija querida!
Sin ventura y sin mujer,
ya tan solo puedo ser
fraile, loco ó suicida.
Estr. ¿Y ella?...
Tirso. Cuando en el jardin
me vió esas cartas odiosas,
estaba cual sobre rosas
el pobre Guatimocin.
Gonz. ¿Pero, en fin?...
Tirso. En fin, mi mano
cuando sobre ella cayó,
pasó ardiendo, ¡cual pasó
la lava sobre Herculano!
Estr. ¿Pero por fin?...
Tirso. Y por fin,
dió media vuelta en redondo,
perdió el tino y cayó al fondo
del estanque del jardin.
Estr. ¡Oh! qué suerte tan fatal!...
Tirso. Despues, en el fondo aquel
por no servirme más de él

echó con ella el puñal.

GONZ. ¿Lo llevaría clavado?...

TIRSO. No es de un buen Luna esa frase.
¿Querías que yo bajase
al sepulcro deshonrado?...

ESTR. ¡Qué injusta es su mala suerte!

TIRSO. Estrella, acércate á mí;
despues de abrazarte á tí,
¡solo abrazaré á la muerte!
¡Feliz quien la dicha alcanza
de tenerte siempre enfrente,
y estar viendo eternamente
en tus ojos la esperanza!
¡Que tu inocente ilusion
nunca pierda, hija querida,
la confianza en la vida,
ni la fé en la religion!
¡Siempre en pensar y en sentir,
sé de tus acciones dueña;
que sea siempre tu enseña
la de ser pura ó morir!
Tampoco de tí se olvida
tu padre; Gonzalo, ven;
toma otro abrazo tambien, (*lo abraza*)
¡el último de mi vida!
¡Con cuánta delicia veo
que eres siempre el hijo amado
que, antes de ser engendrado,
lo concibió mi deseo!
¡Trata á esa esposa querida,
con la ternura y la fé
de aquella madre que fué
el espejo de tu vida!
Os quiero de aquí alejar,
pues, desde que fué fundado,
toda dicha se ha ausentado
de este maldecido hogar.

GONZ. No hay para alejarse escusa,
porque ya Estrella rompió
la oreja vil que inventó
Dionisio de Siracusa.

TIRSO. ¿La ha roto Estrella?... Es escasa

su venganza por demás.
Yo mandé hacer mucho más.
(*Señalando á la derecha por donde se empezará á ver el resplandor de un incendio.*)
¿Veis? Ya está ardiendo la casa.
Salid de aquí.

ESTR. Pero, padre!...

GONZ. Deja que la queme, Estrella;
¿qué importa, en sacando de ella
el retrato de mi madre?

(*Gonzalo descuelga un retrato de su madre que aprieta con la mano izquierda contra el corazon, mientras que con la derecha tiene abrazada á Estrella en ademan de salir.*)

TIRSO. ¡Por toda la inmensidad
quiero que el viento derrame
las cenizas de este infame
Palacio de la verdad!
¡Por levante y por poniente,
por norte y sur, quiero ver
casa y jardines arder
desde el convento de enfrente!
¡De mis padres desdichados
voy á cegar el abismo!...
(*Dirigiéndose á los criados.*)
¡Cuidad que arda á un tiempo mismo
por todos cuatro costados!
Vos, quemad!
(*A Gonzalo y á Estrella*) Vos, á vivir!
(*Dirigiéndose á los monges*)
¡Y ahora, hermanos, con vos
voy á suplicarle á Dios
que me perdone al morir!...

(*Tirso se aleja en medio de los dos monges, detrás de Gonzalo y Estrella. Al verlos marchar, los criados con las hachas se colocarán en los cuatro ángulos de la habitacion en ademan de poner fuego á la casa. Tirso se detiene en el fondo á contemplar con risa sardónica el resplandor del incendio que se empezará á ver por las puertas laterales, mien-*

tras los monges con espanto le quieren obligar á que se retire.)

¡Vivo!... ¡Destruid!... ¡Quemad!...
Y ¡oprobio al que, en adelante,
nécio ó curioso, levante
Palacios de la verdad!

(Cuadro final.)

FIN DE LA DOLORA.